

POR MIS REAÑOS

Por mis Reaños es el sentir profundo de una mujer que ha tenido el coraje y el arrojo de plantarle cara al lado más tenebroso y lacerante de la vida: “la carencia de salud”. Esta mujer es una persona sencilla, afable, de sincera sonrisa y pisada recia, amiga de sus amigos, una morena de empaque, simplemente mujer y por ser mujer...bella.

Ella ha sabido enfrentarse, con un par de reaños, a la enfermedad y a la burocracia médica, hasta conseguir hallar un hospital y unos equipos médicos capaces de solucionar sus muy graves problemas de salud, provocados por esta enfermedad que, como la carcoma (con mutismo y sin pausa), va devorando nuestros adentros, nuestra calma, nuestro día a día, y se lleva en cada bocado de sus feroces fauces un pedacito de nuestra vida.

LA LOSA DE LA ENDOMETRIOSIS

No recuerdo con exactitud ese crucial instante en el que mi organismo cruza la frontera del estado de salud y bienestar al túnel más opaco de la turbia enfermedad, pero sí sé que mis primeros síntomas (hacia el año 1994) consistieron en mucho malestar e hinchazón en todo mi vientre. Paulatinamente éstos se fueron agravando y los días previos y durante toda la menstruación experimentaba la terrible sensación de pujo en mi recto con mucho dolor rectal y frecuentes de ganas de defecar (tenesmo), con la expulsión de pequeñas heces, mucosidad y sangre.

En Diciembre de 1996 hallándome en la estación de ferrocarril de Palencia esperando el tren de regreso a Gijón (Asturias), reparé en un punzante e intenso dolor que ascendía desde lo más hondo de mi pubis e igual que un puñal, calaba con saña en todas mis entrañas hasta llegar al esternón. No podía respirar, no podía ni pensar, no podía soportarlo, no podía...

Comenzaba el pedregoso e interminable camino de médicos, hospitales y un sinfín número de pruebas. El diagnóstico fue el siguiente: estenosis (estrechamiento) en sigma y por tanto, endometriosis con afectación de sigma.

Desde el preciso instante en que la endometriosis tejió sus fornidos barrotes sobre mí, me hizo prisionera de su infranqueable y devastadora jaula.

Trascurrían los días, la situación se volvía insoportable, a la noche le precedía el día y yo sumida en el caos más infernal del dolor continuo que no cesaba. Cuando éste alcanzaba su cénit, advertía en mí ser la extraña sensación de que por entre las yemas de mis dedos se me escapaba la vida. Era entonces cuando perdía la consciencia.

LA ENDOMETRIOSIS Y SUS AMIGOS

La endometriosis tuvo el placer de presentarme a todos sus amigos, que la acompañaban:

- Laringitis, faringitis aguda (quemazón continuo en mi garganta como si tuviera una llama candente).

- Rinitis alérgica perenne con la imposibilidad absoluta de poder respirar, dormir...Las pruebas de alergia no obstante, resultaron negativas.

- Dolores musculares en todo mi cuerpo con mucha afectación de espalda, caderas y zona lumbar llegando incluso a caminar con suma dificultad y cierta cojera.

- Erupciones desmedidas. Mi cabeza se colmó de chichones que a posteriori reventaban y supuraban sin cesar. Meses enteros estuvo mi cabeza segregando un líquido blanquecino y espeso parecido al pus. Todo mi cuerpo se llenó de granos, mi piel se tornó más roja que la grana y más ardiente que el fuego.

- Depresión, ansiedad, fobias.

- Noches caóticas de desvelo, noches opacas de horror, noches y días, días concatenados a años de inenarrable calvario, suplicio, tormento, aflicción.

Mi único cometido en estos largos años fue buscar una puerta de salida para los múltiples males que me aquejaban. Nunca cejé en mi empeño de hallar la curación. Siempre creí (aún sabiendo que no tiene cura), que ganaría la batalla a esta enfermedad que casi me mata. Por ello, además de la medicina tradicional, probé todo tipo de terapias que se pusieron a mi alcance: Homeopatía, Acupuntura, Reflexoterapia, Flores de Bach, Medicina naturista...

Algunas de estas terapias me fueron de gran ayuda. Otras sólo sirvieron para acuciar aún más mis múltiples problemas, pues dado que se gasta lo que no se tiene para recuperar un ápice la resquebrajada salud, he conocido personas sin escrúpulos para las cuales somos las víctimas perfectas con las que ellos tienden a engrosar sus avariciosas carteras.

ENDOMETRIOSIS LETAL

Octubre del 2005. Mi endometriosis aguardaba agazapada en espera de revelarme su perniciosa última baza y mostrarme sin ningún tipo de piedad, sus punzantes y demoledores poderes de destrucción. Los días trascurrían malamente, me costaba caminar a causa de los múltiples dolores y molestias que invadían mi abdomen. Estaba aquejada por continuas nauseas hasta que el 24 de diciembre me pasé la noche camino del wc para devolver. Aunque mi estómago estaba vacío, pues llevaba días sin probar bocado, estuve 3 días vomitando con cierta asiduidad. Mi cuerpo se sometía a tremendas convulsiones debido a los profundos vómitos. Por ello, del mismo esfuerzo, me orinaba encima sin poderlo remediar.

El día 27, sin apenas poder vestirme, acudo a primera hora de la mañana a la consulta de mi médica de cabecera. Nada más verme, su rostro se tiñó de espanto y sin dilación me administró un calmante y llamó a un taxi para que con la mayor urgencia me llevara al hospital.

Después de varias pruebas y tras mencionar mi endometriosis al Doctor, pregunto qué está ocurriendo. Él dice que mi intestino no funciona y los síntomas apuntan a un tumor. Me introducen, en vivo y en directo, una sonda nasogástrica con la esperanza de que mi oclusión intestinal remitiera, pero el día 30, dado que mi estado de salud iba de mal en peor y mi barriga continuaba hinchando, optan por llevarme a quirófano. Tras 2 horas y media de operación, salgo con 39 puntos en mi abdomen y una bolsa de colostomía (bolsa para las heces). En la intervención se descartó todo tumor canceroso, pero mi intestino y mi útero estaban adheridos como si fueran uno, debido a mi severa endometriosis. El estado de gravedad era latente. El cirujano que me intervino comunicó a mi familia que lo único que había podido hacer en ese instante había sido salvarme la vida.

Necesitaba una nueva intervención. Tenía que barajar entre quedarme con colostomía y conservar el útero, o bien extirpar útero y cerrar colostomía. Sin ninguna duda, la elección estaba clara.

Estuve 15 días en el hospital y puedo decir con total certeza que el más suculento manjar que degusté y probablemente degustaré jamás, fue una deliciosa taza de café con leche. Llevaba 12 días sin meter nada en mi boca cuando dicha taza de café llegó a mis manos. Aún tengo presente en mi mente el instante imborrable en que mis dedos abrazaron con sumo tino esa taza, y mis labios saborearon con un éxtasis difícil de explicar, las gotas que como perlas caídas del cielo llegaban a mi boca.

LA CONTIENDA INTERMINABLE

En febrero acudo a consulta de cirugía digestiva con la esperanza de que me dieran la buena nueva de que se me opera en breve. ¡Cielos!, no sabía aún el largo camino que me esperaba, pues las noticias del Doctor son tremendamente demoledoras:

- Extirparemos útero, ovarios, el intestino dañado, pero cabe la posibilidad de salir de quirófano con colostomía de por vida. Un caso como el tuyo no lo he visto jamás, ni se conoce en toda la historia del hospital.

Tanto los doctores que me trataban (ginecólogo y cirujano de digestivo), como el conjunto hospitalario, tenían un desconocimiento total de mi anómala patología, por lo que les rogué que me orientaran e informaran de un hospital capaz de abordar con sabiduría mi problemática enfermedad. Me dijeron no saber dónde ni a quién remitirme. El panorama que se presentaba ante mí era desolador por su absoluta ignorancia, y aunque ellos estaban decididos a operarme, dictaminé no consentir entrar en quirófano a la ventura y sin ningún tipo de garantías. Con su ayuda o sin ella, iba a remover todas las piedras de este país hasta hallar un centro hospitalario idóneo para mí.

Imposible quedarme de brazos cruzados. Comenzaba un largo y tedioso periplo de investigación en la búsqueda de un hospital capaz de brindar soluciones a mi compleja enfermedad.

Me pongo en contacto con la AEE (Asociación Endometriosis España), a la cual agradezco de todo corazón, su desinteresado apoyo y su total e incondicional ayuda. Relato mi historia, mas no hay antecedentes de nadie con una colostomía provocada por una endometriosis. Al no existir ninguna persona de referencia que pudiera guiar mis pasos, me encuentro en la necesidad de partir totalmente de cero.

Llega a mis manos información ciertamente favorable sobre el jefe de servicio de ginecología del Hospital General de Asturias en Oviedo. Me presento en su consulta privada esperanzada de hallar un poco de luz. Presento mi informe del hospital de Gijón y sin casi dejarme tomar asiento, dice:

- Si has acudido a mí con la intención de que te gestione la derivación al hospital de Oviedo, vienes muy mal encaminada.

Estupefacta contesté:

- Dado que mi caso es único en Gijón, busco desesperadamente remedio para paliar mis males.

Con la moral por los suelos y sin saber qué dirección tomar, salimos al amparo de una bocanada de aire puro que pudiera mitigar nuestro total desasosiego.

Tras infinitas negativas y *no tienes derecho*, a las cuales hago caso omiso, prosigo, sin perder ni un solo segundo, con mi inacabable y abrumadora investigación.

Me hago con los teléfonos de la reconocida Clínica de Navarra. Puesto que se trata de un centro privado, consulto si tienen conciertos con la Seguridad Social. Efectivamente así era, pero solamente en los dos siguientes supuestos:

1.- Que las largas listas de espera de la Seguridad Social hicieran peligrar la vida del paciente.

2.- Que la patología de éste, fuera un tanto peculiar y extraña.

Como me hallaba en este último supuesto, me armo de paciencia y tras varias llamadas telefónicas, consigo hablar con uno de los ginecólogos, e incluso logro conversar con el Jefe de Servicio de Ginecología, al que le expongo mi caso y con el cual mantengo una cordial conversación. Antes de realizar ningún trámite necesitaba saber si en dicha Clínica habían tratado alguna paciente con una patología igual o similar a la mía. Tras mi conversación con dicho doctor llego al convencimiento de que éste no es el centro idóneo para mi persona.

Llega a mis oídos el nombre de un prestigioso médico que opera en el Doce de Octubre de Madrid. Sin demora, solicito una cita para su consulta privada. Con gran prepotencia y un descarado despotismo indigno de un médico, me expone que no puedo andar por el mundo en esas condiciones (con una endometriosis tan severa y con una colostomía), que necesito operarme cuanto antes. Le comento la posibilidad de operarme en el Doce de Octubre y su respuesta fue la siguiente:

- ¡Lo que faltaba que venga una asturiana a operarse aquí!

Hace una pausa y recalca con cierta sorna:

- Bueno si te remiten los de Asturias habrá que operarte.

Sinceramente pienso, que dijo esto con la absoluta certeza de que no sería capaz de conseguir la derivación, pero lo que él no sabía es que esta asturiana tiene un par de reñones capaces de atravesar murallas y derribar fronteras.

Me cobró 210 E por la consulta, e *ipso facto* me hizo entrega de una lista de números telefónicos en los cuales me facilitarían información sobre las tarifas para operarme en su clínica privada. ¿De dónde iba a sacar yo el dinero para costearme una operación en su majestuosa clínica? No sólo demostró una prepotencia infame y descarada, sino que tuvo la poca vergüenza de intentar asustarme diciéndome que si no me operaba en breve podría sufrir otra oclusión intestinal. Mas, desde

mi humilde condición de paciente, no creía posible que esto volviera a ocurrir de nuevo.

Nuevamente en Gijón y no sin pocas trabas e impedimentos, consigo mi derivación al Doce de Octubre. Tras varios días sin recibir respuesta, llamo por teléfono a Madrid. Me notifican que han denegado mi derivación por saturación del servicio. El mundo se hundió bajo mis pies. Esta contienda había sido despiadada y extremadamente difícil. Cuando creí estar llegando a la meta final, descubro atónita que estoy prácticamente como al principio.

Casi sin aliento y hundida en la más turbia desesperación, hago el siguiente comentario en mi domicilio a un par de amigos que me acompañaban:

- ¡He perdido esta guerra!

Mas uno de ellos con firmeza dijo:

- Has perdido esta batalla, pero eso no significa que hayas perdido la guerra.

BARCELONA, LA LUZ

Al día siguiente, me armé de valor, empuñe de nuevo las armas y regresé al frente de batalla. Tras tantos meses de investigación, el citado doctor era mi única esperanza, puesto que él me aseguró librarme de la colostomía. Por eso acudí a Inspección Médica acompañada de mi abogada con la intención de solicitar a la Seguridad Social que se hiciera cargo de mi operación en la clínica privada de dicho médico, adjuntando el hecho de lo especial de mi patología. Allí exponen que para optar a este derecho, tendría que obtener la denegación de dos hospitales de la Seguridad Social. Por otro lado, intentarlo de nuevo en el Doce de Octubre podría ser sumamente dilatado y sin resultados satisfactorios, pues con toda certeza volverían a denegarlo.

Solicité entrevista con la Inspectora. Ya en su despacho, con la angustia más absoluta inundándome el ser, con los nervios a flor de piel y con una cascada de lágrimas anegándome el rostro, le dije que ni quería, ni podía resignarme a portar una colostomía por el resto de mis días. Ella, sumamente amable y muy cordial manifestó:

- Como mujer y como médico te prometo buscar el mejor hospital especializado en tu enfermedad.

Me derivan al Hospital Clínico de Barcelona. Jamás había ido a Barcelona ni conocía a nadie allí, pero desde que puse los pies en esta bendita tierra, sólo tengo palabras de agradecimiento para todas las personas que Dios ha cruzado en mi camino. El Hospital Clínico y todo lo que él representa, es para mí el edén en el cual encontré todo aquello negado hasta entonces: calor humano, profesionalidad, empatía, y un cariñoso y amigable buen trato.

Era 22 de junio de 2006, extenuada por el tedioso y agreste sendero recorrido, me presento en la consulta del cirujano digestivo del mencionado Hospital Clínico. Imploraba al cielo para que él me anunciara buenas y halagüeñas noticias. Nada más entrar en su consulta, sorprendido, lo primero que preguntó fue:

- ¿Asturiana, qué hace una asturiana aquí?

- Es una historia extensa y sumamente compleja que algún día relataré.

Tras mirar los informes que llevaba de Gijón, continuó diciéndome:

- Tenemos que hacer varias pruebas, pero creo que es posible quitarte esa colostomía.

Divinas fueron sus palabras, por fin sonaban campanas de gloria para mí.

Solicito cita para ginecología. El ginecólogo que me exploró, observando el severo grado de mi endometriosis y mi deplorable estado de salud, manifestó la necesidad de realizar numerosas pruebas y remitirme al jefe de servicio, ginecólogo sumamente especializado en esta enfermedad.

Con los resultados encima de la mesa de la consulta de dicho doctor, éste dice:

- Estas tan mal, que si en lugar de padecer endometriosis padecieras cáncer no merecería la pena operarte, te pondríamos quimioterapia o radioterapia y poco más podríamos hacer por ti. Dado que no es así, vamos a operarte pero debes saber que nos hayamos ante una intervención sumamente compleja, imposible de operar por laparoscopia.

- Tengo que informarte igualmente que cabe la posibilidad de vernos obligados a efectuar dos operaciones: la primera para limpiar y eliminar todo foco de endometriosis, y una segunda intervención (que no podríamos realizar hasta pasados varios meses para garantizar una perfecta cicatrización de la operación anterior), en la que procederíamos a cerrar colostomía. Tengo que reunirme con el cirujano de digestivo y estudiar minuciosamente tu caso.

El atroz pensamiento de tener que pasar por 2 operaciones en vez de una, hizo que las lágrimas colmaron mi desvaído rostro. Por otro lado, seguir portando la bolsa de colostomía varios meses aún, me originaba tal horror que el desaliento inundó de nuevo mi alma y todo mi ser.

Días después, ya en mi domicilio, recibo una llamada telefónica del jefe de servicio de ginecología:

- Hemos estado analizando detenidamente tu caso y creemos que es viable hacerlo todo en una sola operación.

Sin poder evitarlo rompí a llorar y él preguntó:

- ¿Por qué lloras si te estoy dando buenas noticias?

Sin casi poder mediar palabra le digo:

- Precisamente por eso, porque al fin son buenas noticias.

LA LIBERTAD

21-Enero-2007 Habían pasado 13 meses desde mi ingreso por urgencias en el hospital de Gijón. Estaba a punto de coger el avión destino Barcelona para ingresar al día siguiente en el Hospital Clínico. Al emprender el vuelo un remolino de emociones inundaron mis sienas mientras mis lágrimas arrasaban mi pálido rostro al recuerdo de los cuantiosos gestos de amor que recibí a lo largo de esos interminables 13 meses de contienda y tortura. Durante el transcurso del viaje fluían a mi memoria instantáneas de los numerosos momentos en los que tantas personas me brindaron su apoyo; manos amigas que apretaron fuerte mis dedos si mis fuerzas tendían a flaquear. Jamás podré olvidar todo lo acontecido en esos 13 meses. Por eso, al tiempo que mis lágrimas manaban por mi cara, la tinta manaba rauda por el papel y plasmé para la posteridad un poema titulado “No sin vos”. Poema de agradecimiento hacia todos aquellos que, de una u otra manera, contribuyeron al logro de lo que hoy puedo felizmente disfrutar: “una nueva vida sin colostomía”.

Soñaba y veneraba el ansiado momento de sentar de nuevo las posaderas de mi trasero en el retrete tanto tiempo añorado por mí. Por eso, la noche del 22 cuando el cirujano de digestivo me visitó, manifesté mi ardiente anhelo de amanecer al día siguiente, tras la operación, libre de esa latosa y molesta bolsa de colostomía.

El expuso:

- Igualmente ese es mi deseo y haré todo lo que esté en mis manos para que así sea, pero tú has recorrido un largo camino hasta llegar aquí y sabes la extremada dificultad de tu patología.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al escuchar sus palabras, mas quise confiar plenamente en que todo saldría excelentemente bien, pues el Universo no podía hacer caso omiso a la infinita y voluminosa cantidad de energía de todos aquellos que con su pensamiento, estarían a mi lado y abarrotarían la mesa de operaciones durante las largas horas de quirófano.

El azar es caprichoso, duende travieso como el que más, puede convertir en un suspiro todo aquello que es incierto en el hecho más veraz. Digo esto porque de los 365 días que tiene el año, casualmente me operaron el 23 de Enero -día de mi cumpleaños-. Por eso, el día anterior durante mi entrevista con el jefe de servicio de ginecología le expuse con toda mi fe y elocuente esperanza:

- Dado que mañana es el día de mi cumpleaños, entre el cirujano y tú me vais a hacer el mejor regalo que jamás haya tenido: una nueva vida libre de endometriosis y de colostomía.

Cuando a las 9 de la mañana (hora aproximada de mi nacimiento), el celador me llevaba a quirófano, iba diciendo a todo el mundo con muchísima guasa:

- ¡Lo que son capaces de hacer algunas para no invitar a su cumpleaños, hasta se operan!

La operación duró 5 horas y media. Huelga decir que no fue fácil. Para colmo, surgieron serias complicaciones, pues la noche del 24 la enfermera observó con cierta preocupación que la sonda no funcionaba. La noche entera, enfermera y médica de guardia visitaron mi habitación para intentar solucionar el problema sin éxito. A primera hora de la mañana un remolino de enfermeras y médicos circundaban mi cama. Observé sus caras de preocupación e intuí que algo grave estaba pasando.

- ¿Tenéis que llevarme a quirófano de nuevo?

- No nos adelantemos fue su preocupante respuesta.

Con la máxima premura, me bajaron a la sala de escáner para averiguar qué estaba ocurriendo. Pasaban las horas, los dolores eran de espanto y no podían suministrarme calmantes hasta descubrir dónde radicaba el problema.

Eran las dos de la tarde cuando me llevaron de regreso a mi habitación. Otra peculiar rareza se acababa de producir. Se habían obstruido los dos uréteres. A posteriori el ginecólogo, en su consulta, me confesó que se habían asustado mucho pues ciertamente creyeron que en el trascurso de la operación alguien por error había cortado los uréteres sin querer. Nunca habían sido testigos de la oclusión de los dos uréteres. Sí se habían encontrado con la obstrucción de uno de ellos, pero jamás con la de los dos.

He perdido las dos trompas, el ovario izquierdo y un trozo de intestino grueso, pero aún conservo el útero, el ovario derecho, y una nueva oportunidad de vida sin colostomía.

QUIRÓFANO DE NUEVO

Cuando creí ciertamente que mis días de quirófano habían llegado a su fin, descubro con verdadero estupor que la voluminosa hernia que había surgido como consecuencia de la colostomía, y que por supuesto me habían suprimido en la operación del año anterior, estaba empezando a brotar de nuevo. Así que en julio de 2008, muy a mi pesar, no me quedó más remedio que visitar nuevamente el quirófano.

ESPERANZA Y VIDA

Aunque esta enfermedad me ha lapidado fieramente y ha robado 15 años de mi vida, quiero propagar un mensaje de fe y esperanza para todas aquellas personas que como yo, viven o han vivido bajo la amenaza de lo más espinoso que uno puede carecer: EL PRECIADO TESORO DE LA SALUD.

Por eso, hoy que ese lujoso diamante de salud resplandece de nuevo en mi existencia, extendiendo los brazos al cielo, abrazo con fortaleza y lozanía la vida y digo:

Pero el tronco que se forja con dolor, suplicio y llagas
es robusto, valeroso, es fornido y su duende te enmaraña,
y por eso al divisarlo de las muelas de sus cañas
solamente se vislumbra dulce luz de la esperanza.

MAR CORRAL

GUION, 24 de noviembre de 2009